

Precursora
del
feminismo:



**Flora Tristán,
una mujer sola**

NUESTRO tiempo, tan pródigo en revalorizaciones y rescates del olvidado o simplemente de la subestimación por la historia (1), no podía tardar en fijar su atención en una mujer como Flora Tristán, cuyo nombre ha sido tradicionalmente alineado entre los personajes secundarios del socialismo premarxista. Gracias al poderoso resurgimiento del movimiento feminista y a una relectura de estos personajes secundarios, Flora Tristán ha ido recobrando en los últimos años su justo lugar en el árbol genealógico del feminismo revolucionario junto con otras grandes como Louise Michel, Clara Zatekin, Emma Goldman y Alejandra Kollontai. De todas ellas fue en gran medida una antecesora.

Apenas publicada durante más de un siglo, Flora Tristán ha sido intensamente reeditada en su país natal y en menor grado en otros países (2). De su pensamiento se ha dicho muy recientemente:

«Difícilmente podría pasar

(1) Esto resulta a nuestro juicio manifiesto en lo que se refiere a F. Tristán en las grandes obras de historia del movimiento obrero como la de Cole (*Historia del pensamiento socialista*, Fondo de Cultura Económica), la dirigida por Jacques Droz (*Historia del socialismo*, ed. Destino), etc.

(2) En Francia se acaban de editar: *La Tour de France*, 2 vol., col. *La découverte*, ed. F. Maspero y Lettres, reunidas, presentadas y anotada por Stéphane Michaud, ed. Le Seuil. En España la bibliografía de Flora Tristán se limita a dos títulos: Flora Tristán: *Feminismo y socialismo en el siglo XIX*, de Jean Baelen ed. Taurus, Madrid 1974 y su obra más política, *Unión obrera*, edición de Yolanda Marcos, ed. Fontamara, Barcelona, 1977.

por original; está formado por apuntes sansimonianos y fouriastas, por trozos de Robert Owen, por préstamos de los teóricos del cartismo, de Louis Blanc, de los reformadores del *compagnonge* (...) El enlace entre feminismo y socialismo proviene de los sansimonianos; la descripción del palacio de la Unión Obrera se parece a la descripción del falansterio... Pero hay algo que nadie puede negarle a Flora Tristán: su ardor militante» (3).

Pero a pesar de la exactitud de este retrato intelectual y atado al último aspecto, surge una originalidad y sobre todo un valor especial en Flora que subrayó ya en su día el alemán Lorenz von Stein: «Es quizá en ella donde se manifiesta, con mayor fuerza que en los autores reformadores, la conciencia de que la clase obrera es un todo, y que debe darse a conocer como un todo, actuar solidariamente y con voluntad y fuerzas comunes para un fin común, si quiere salir de su condición». Flora fue una militante y una organizadora, una socialista y una feminista en el sentido moderno de cada uno de estos términos. Su cuerpo frágil y delicado estaba habitado por una mujer que poseía una voluntad de hierro y unas convicciones nada comunes. Su finalidad era pasar de las grandes interpretaciones y de las grandes finalidades a la acción colectiva del movimiento obrero real. Por ello se pro-

(3) Cf. Tristán, Flora en el *Dictionnaire biographique du mouvement français*, dirigido por Jean Maitron, ed. Ouvrières, París 1966. III vol.

nunció por una organización, la Unión Obrera que, creada desde abajo, fuera independiente de la clase dominante, estuviera motivada desde la radicalidad misma de la situación concreta de la clase y que tuviera como horizonte la emancipación obrera y de la mujer.

Menos originalidad que los grandes nombres del socialismo utópico, Flora significa por su actitud un salto cualitativo respecto a éstos, más atados a sus proyectos salvadores que a la práctica militante. Recogió (no sin coherencia) las aportaciones de unos y otros pero les dio otro sentido. Su pensamiento y sobre todo su obra se sitúa en un eslabón intermedio entre el socialismo utópico y el marxista, en línea del llamado socialismo de «transición» o del 48, de Proudhon, Blanqui, Herzen, o Lasalle, Dézamy, Weitling; aunque a diferencia de ellos no pudo conocer la revolución internacional de 1848. Pero muchas de sus ideas cobraron visos de realidad en este acontecimiento y otras, en particular las feministas, volvieron a vivir pero ya entrado el siglo XX.

La paria

Su vida es tanto o más apasionante que su obra. La suya fue una vida romántica y desgraciada, inquieta, viajera e inconformista. Estos rasgos, así como su total sinceridad, se manifiestan diamantadamente en sus *Cartas* y en sus diferentes libros de viaje, en especial en el último, en su *Diario* es-

J. GUTIERREZ ALVAREZ

contra el mundo

crito alrededor de su *Tour de France* que condensan en gran medida toda su evolución intelectual y moral. De esta vida destacaremos algunos capítulos, los más significativos.

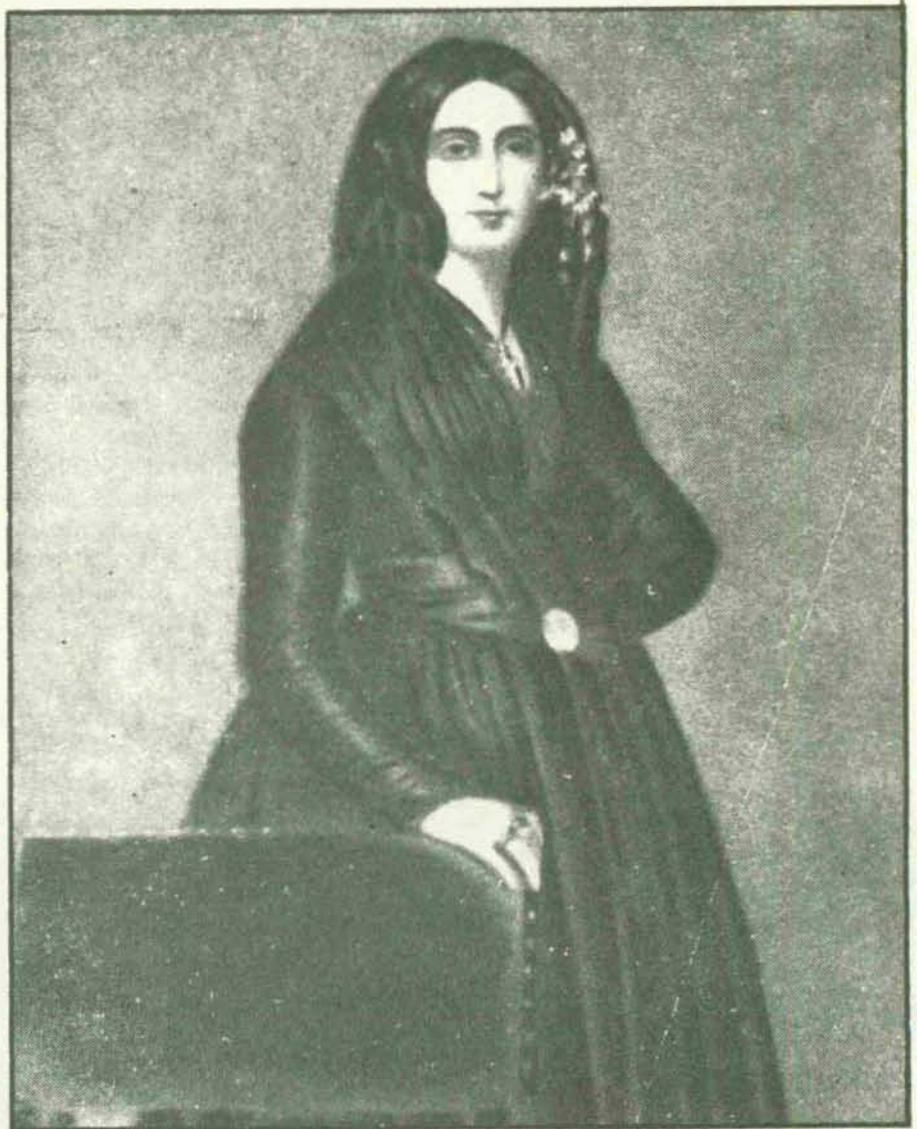
Esta mujer, apenas recordada durante mucho tiempo por ser la abuela del célebre pintor Paul Gauguin («Mi abuela, escribió éste, era una curiosa mujer»), aunque en realidad no la llegó a conocer), nació en 1803 en París, fruto de la pareja formada por el coronel liberal español don Mariano de Tristán y por la francesa Flora —Célestine-Thérèse-Henriette Tristán Moscoso, que formaban una familia un tanto irregular y muy acaudalada. Eran muy amigos de Simón Bolívar, que frecuentó su casa cuando Flora era muy niña. La familia sufrió un desastre cuando tras la muerte de don Mariano que no había regularizado su vínculo matrimonial ni su disposición testamentaria, la guerra franco-española, iniciada el 2 de mayo de 1808, sirvió como pretexto a la burocracia gala para confiscar los bienes del «enemigo», dejando a la viuda y a su hija en el más cruel desamparo. Todos los intentos efectuados por la primera para recuperar la fortuna fueron infructuosos.

Flora y su madre pasaron a vivir durante varios años en el campo, hasta que en 1818 regresaron de nuevo a París (a la que Flora consideró como «su única ciudad»). Vivieron en la pobreza hasta que un año Flora entró a trabajar como obrera en el taller de grabado y litografía de André Chazal, un hombre vulgar y pintor mediocre que acabó enamorándose de ella. Se casaron en 1820 y en un principio parece ser que Flora fue una mujer muy apasionada aunque nunca estuvo enamorada. Tuvo dos hijos del matrimonio y soportó la esclavitud familiar hasta que en 1825, tras haberse quedado en cinta otra vez, abandonó definitivamente el hogar y se refugió de nuevo en el campo. Allí

tuvo a Aline que simbolizó para ella su independencia, y que años más tarde, en 1948, sería la madre de Gauguin. Este drama familiar fue la base de la evolución de Flora hacia el feminismo radical.

La historia que le sigue es sencilla y terrible. Chazal no tiene la menor duda que Flora le «pertenece legalmente», y tanto la familia de ella (su tío materno, el comandante Laisney dirá rotundamente: «Una esposa que huye del domicilio conyugal y se lleva los frutos del matrimonio no tiene lugar en la sociedad: es una paria») como la justicia estarán de su parte. Después de años de problemas, entre los cuales hay que circunscribir un buen número de increíbles persecuciones callejeras y de malos tra-

tos, el 10 de septiembre de 1838, Chazal pierde los estribos y trata de asesinar a Flora por la espalda. La bala no acabó con ella, pero estuvo a punto de hacerlo. Este disparo a bocajarro dio pie a un juicio que fue célebre en su época y que dividió la opinión pública. Para defender al encausado se prestó un tal Jules Favre, uno de los grandes abogados de entonces y que era conocido por su actitud progresista tras haber defendido a los trabajadores de Lyon durante las luchas sociales de 1843, pero para Favre, Chazal merece la absolución. Intenta presentar a Flora como una mujer de vida disoluta, como una mala esposa. El juez, sin embargo, encuentra que estos motivos no están probados suficientemente y no



George Sand (óleo de Charpentier, 1839).

son excusas para un intento de asesinato que Chazal reconoció. Este fue condenado a una condena de treinta años que no cumplió, pero fue lo suficiente para que ella se liberara de su incesante agresión.

Este largo drama matrimonial llevó en ocasiones a Flora a pensar en el suicidio siguiendo el ejemplo del Werther de Goethe, una de sus novelas favoritas. Pero se sobrepuso a todas las adversidades gracias a su extraordinaria voluntad.

Producto de esta experiencia fue su *toma de conciencia* feminista, su sensibilidad ante los problemas de la mujer trabajadora. Había comprendido que la mujer era una ciudadana de segunda clase para la que la famosa «Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano» carecía de apartados. Se rebeló contra el matrimonio concebido como una institución en el que la mujer tenía que ser «posesión» del marido, esclava doméstica cuyo cometido en la vida era servir a éste y a los hijos. También cuestionó a la Iglesia que condenaba a la mujer por el pretendido «pecado original», a los científicos que trataban de mostrar que la mujer era inferior biológicamente que el hombre y a los legisladores que negaban la entidad social de la condición femenina. Su crítica alcanza hasta a la clase trabajadora, porque: «El hombre más oprimido puede oprimir a otro ser, que es su mujer. La mujer es la proletaria del hombre.»

De su conciencia socialista dedujo el argumento de que lo mismo que el trabajador había sido siempre considerado como una persona sin derecho, lo era la mujer, tanto en un caso como en otro se imponía una acción transformadora. De su experiencia concreta, incluso de su propia capacidad, comprendió la idea de que en determinados casos y en determinadas condiciones las mujeres habían alcanzado un nivel intelectual y moral muy superior al de la mayoría de los hom-

bres. Era posible y necesaria, por tanto, la unión entre la causa socialista y la causa de la mujer; fue ella, antes que ninguna otra feminista, la que comprendió ambas causas como las dos caras de una misma moneda. Por eso escribe:

«Acabo de demostrar que la ignorancia de las mujeres del pueblo tiene las consecuencias más funestas. Sostengo que la emancipación de los obreros es *imposible* en tanto que las mujeres permanezcan en este estado de embrutecimiento. Ellas tienen todo progreso. En ocasiones yo he sido *testigo* de escenas violentas entre el marido y la mujer... Estas pobres criaturas, que no ven más allá de su nariz, como se dice, se enfurecían con el marido y *conmigo* porque el obrero perdía algunas horas de su tiempo ocupándose de ideas *políticas y sociales*.» (4).

Aunque no llega a explicar la opresión de la mujer en relación con el régimen capitalista, sí que lo hace con la economía, sobre todo, con el patriarcado. Adopta los grandes principios del universo feminista de Fourier y durante un momento se siente atraída por la idea de la mujer Mesías que le presenta Efantin, el principal discípulo de Saint Simon, pero su aportación primordial radica en que conexiona sus concepciones empiristas y socialistas con la lucha social. Siempre insiste en todas las reuniones con los trabajadores en la necesidad de que asuman la lucha por la liberación de sus compañeras, lo que significa comprometerlos con la lucha y un cambio de actitud por parte de ellos mismos. Sus exigencias programáticas para conseguir

(4) *Este problema, sencillo en apariencia y poco tratado dentro del movimiento obrero, ha sido uno de los más profundos y constantes para toda la militancia obrerista. La contradicción entre un hombre militante y comprometido y una mujer oprimida y conformista, ha sido tratado en obras literarias como La sonata a Kreutzer, de Tolstoi y La verdad, de Emilio Zola.*

la igualdad de la mujer pasan por:

«1) Derecho a la igualdad en la educación y en la formación profesional. Reivindicación necesaria para que las mujeres puedan ser independientes económicamente de los hombres y puedan exigir igualdad de salario por igual trabajo. 2) Derecho a la libre elección del compañero, sin que pueda haber injerencia paterna en las decisiones sobre el matrimonio. 3) Derecho de las madres solteras al respeto e igualdad frente a la ley. 4) Derecho de los hijos ilegítimos a una parte de la herencia paterna.»

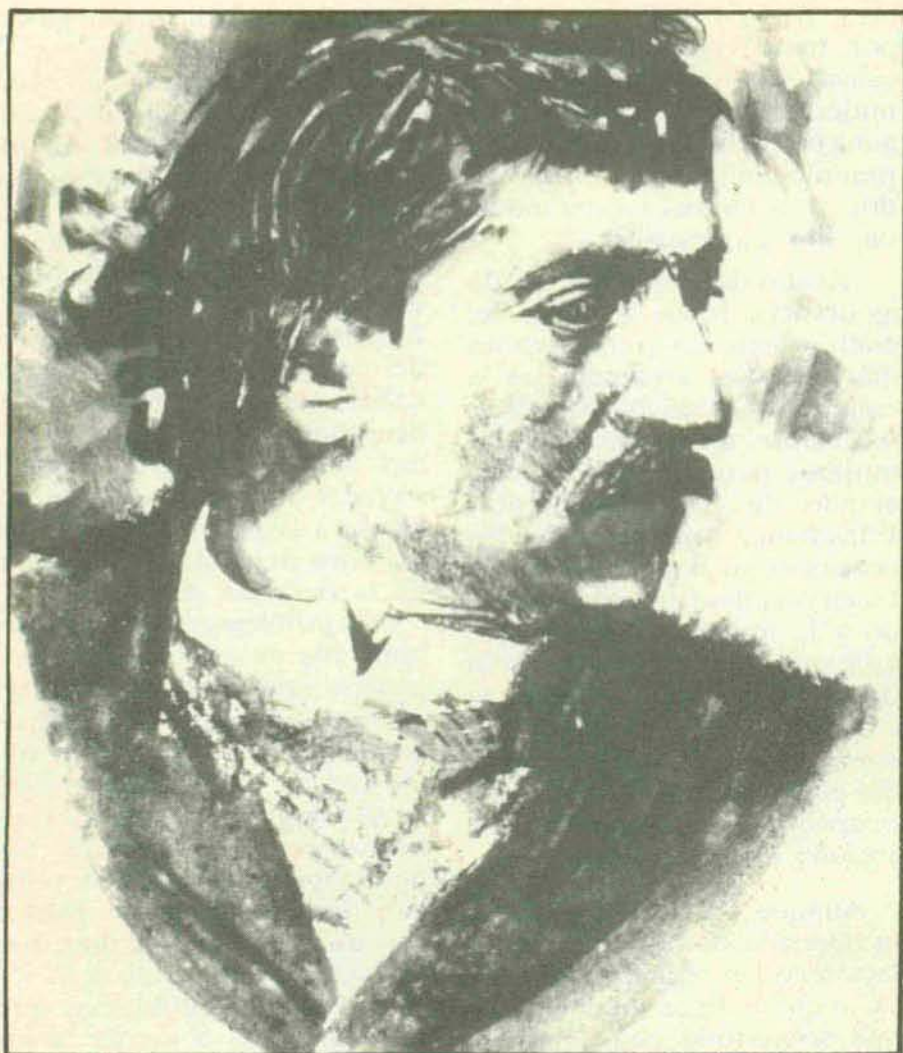
Sus problemas influyen visiblemente en esta carta de exigencias, que resultaban excesivamente radicales en su tiempo incluso para feministas como George Sand, a la que Flora se dirigió en varias ocasiones sin éxito. La paría que había empezado tomando posición con un pequeño punto, con un problema familiar, había acabado culpando a la sociedad de sus problemas que eran similares a los de la inmensa mayoría de mujeres de entonces.

Sus peregrinaciones por Londres y Perú

Algunas de las obras de Flora, en concreto las que se refieren a sus viajes por Inglaterra, Perú y su «tour» por Francia, han sido publicadas en colecciones de clásicos de los grandes viajes. Estas obras resultan ser al mismo tiempo una novela de aventuras, memoria personal, crónicas periodísticas, fragmentos de historia, en particular, en el caso europeo, del movimiento obrero (5).

A la capital británica irá en tres ocasiones. En 1826 por primera vez, y seguramente como señorita de compañía o como doncella de alguna fami-

(5) *Yolanda Marcos, intr. a Unión Obrera, p. 26-27.*



Paul Gauguin (1848-1903).

lia, cargos que ejerció en distintas ocasiones para sobrevivir. Volverá de nuevo en 1831 y de este segundo viaje nacen sus primeras observaciones de la crisis inglesa derivada de la primera revolución industrial. De este viaje surgirá su reportaje sobre la vida social londinense, *Cartas a un arquitecto inglés*, que será publicado en 1837 en la *Revue de Paris*. En 1839, poco después del juicio contra su marido, tiene lugar una nueva estadía de Flora, pero en esta ocasión realiza una adiestrada encuesta sobre la realidad social y política de la ciudad y que será la base de su libro *Paseos en Londres*, sobre el que ha escrito J. L. Puech: «... ningún pasaje de los libros de Gorki y Dostoievski resultan tan impresionantes como esta simple observación de los espectáculos con-

templados en su atroz realidad» (6).

En cuanto a su único viaje al Perú responde a otras motivaciones más particulares. En 1829 Flora conoció en una pensión a un capitán de navío que regresaba de Perú y que le facilitó información sobre su familia, ricos hacendados encabezados por el hermano menor de su padre don Pío Tristán. Creyó encontrar una oportunidad para conseguir parte de lo que le pertenecía y escribió una larga carta a éste. Don Pío respondió con una carta afec-

(6) En esta obra Flora Tristán se adelanta extraordinariamente en muchos aspectos a la que escribió un poco más tarde Engels. La situación de la clase obrera en Inglaterra, ed. Júcar, Madrid 1979. Engels y Marx defendieron en diversas ocasiones a Flora como una antecesora de sus ideas, cf: Maximilian Rubel, Flora Tristán et Karl Marx, en *La nef*, París enero de 1946.

tuosa pero tajante: no reconocía a su sobrina como hija natural, por tanto, carecía de derechos al patrimonio familiar. Sin embargo, cuatro años más tarde Flora embarcó en Burdeos hacia el continente sudamericano a bordo del *Mexicain*, mandado por el mismo capitán que le había dado la información sobre su familia, Zacarías, con él tendrá un vívido romance que dura casi cinco meses, o sea, el tiempo del viaje. Al llegar a su destino, Flora rompe con él. No soporta las actitudes posesivas de su apasionado amante.

Permanece en Perú cerca de un año. Durante este tiempo trata denodadamente de convencer a don Pío para que le permita participar en la fortuna de los Tristán, pero todo será inútil. El noble español trata a su sobrina exquisitamente, le permite que viva en su casa y la trata como a una sobrina, menos a la hora de ceder en la cuestión de una posible herencia. Pero lo que no encuentra en un lado, lo encuentra Flora en otro. La experiencia pone a prueba sus dotes de observación y escribió dos volúmenes, que con el título de *Peregrinaciones de una paria* publicó en 1838. Su testimonio es una crónica viva de la situación peruana que contiene un alto valor etnológico y antropológico. Sus notas a favor de la lucha de los negros o sobre las ravnas, que no pertenecían a ningún hombre e iban armadas, son muy sugestivas.

Aparte de estas obras de viaje y de su obra socialista fundamental, *Unión Obrera*, Flora Tristán escribió otros textos de interés muy desigual. Entre ellos hay que distinguir: *Nécessité de faire bon accueil aux femmes étrangères* (1835), que esboza tíbiamente sus ideas feministas y que reclama que el Estado por medio de suscripciones públicas cree casas y palacios para las extranjeras, una idea internacionalista eminentemente fourierista; *Les Couvens d'Aréqui-*

pa (1836), un relato muy en línea de Stendhal basado en sus recuerdos peruanos; *Méphís* (1838), su novela más ambiciosa y que viene a ser una especie de novela del «realismo socialista» *avant la lettre*, muy en línea de las obras de Eugenio Sue y en la que aparece uno de los primeros «héroes positivos», un proletario llamado Jean Labane y como contrapunto un perverso jesuita bastante bien retratado, y prueba de ello es que Sue se apoyó en él para hacer el suyo de *El judío errante*. Como novelista, Flora Tristán, sin embargo, es una autora olvidable y sin mucho interés, aunque no desprovista de sensibilidad y talento.

Admiradora y ferviente lectora de los grandes reformadores, tomó contacto con los seguidores de Fourier y Saint Simon —en particular con Enfantin, con el que rompió pronto desilusionada por sus geniales extravagancias—, y conoció personalmente a Cabet y a Owen, quizá el más próximo a sus posiciones, pero desde el principio tomó distancia de ellos. El modelo más próximo de Flora fue el cartismo inglés, un movimiento social y de masas, opuesto no sólo a la aristocracia, sino también «a los privilegios mercantiles». En el cartismo vio la conciencia de «... la gran lucha, la que habrá de reformar la organización social, en la lucha concertada, de una parte, entre los propietarios y capitalistas que reúnen todo en sus manos: riqueza y poder político... y, de otra parte, los obreros de las ciudades y de los campos, que no tienen nada, ni tierras, ni capitales, ni poderes políticos» (7). Pero en



Alexandra Kollontai (1872-1952).

Francia este movimiento había que construirlo desde abajo, al margen o más allá de las teorizaciones reformadoras.

Su propósito es crear la Unión Obrera con dos fundamentos básicos:

1. *La constitución del proletariado*. Critica profundamente las asociaciones artesanales, yendo más lejos que otros contemporáneos suyos que también lo habían hecho; las sociedades particulares por su egoísmo individualista, porque «no pueden (y no tienen la menor intención) cambiar para nada, ni mejorar siquiera la posición material y moral de la clase obrera»; al corporativismo tan apreciado por Proudhon, y dice que se trata de un tipo de «organización bastarda, mezquina, egoísta, absurda, que divide a la clase obrera en una multitud de pequeñas

sociedades particulares..., sistema de fraccionamiento que diezma a los obreros». Lamenta la división («causa verdadera de sus males»), a la que opone su unión cuyo objetivo es «constituir la unidad compacta, indisoluble de la clase obrera», y llama a los obreros diciéndoles: «haced a un lado, pues, todas vuestras pequeñas rivalidades y formad, aparte de vuestras asociaciones particulares, una unión compacta, sólida, indisoluble» (8).

(8) Concretamente el programa de la Unión dice: «1. Constituir la clase obrera, por medio de una Unión compacta, sólida e indisoluble. 2. Hacer representar a la clase obrera ante la nación por un defensor elegido por una Unión obrera y pagado por ella, de modo que quede bien claro que esta clase necesita ser, y las demás clases la acepten. 3. Hacer reconocer la legitimidad de la propiedad de los brazos (en Francia, 25 millones de proletarios no poseen más que sus brazos). 4. Hacer reconocer la legiti-

(7) También escribe: «La asociación más formidable que se haya formado hasta ahora en los tres reinos es la de los carlistas... La asociación muestra por doquier sus inmensas ramificaciones: en cada manufactura, fábrica, taller, se encuentran obreros carlistas; en los campos, los habitantes de las chozas forman parte de este movimiento, y esta santa alianza del pueblo, que tiene fe en su porvenir, se consolida y aumenta cada día más...».

2. *La autoemancipación del proletariado.* Había comprendido la indiferencia del poder y de todas las instituciones, por tanto, consideró que había, pues, que dejar «de esperar aun la intervención que se ha venido solicitando para vosotros desde hace veinticinco años. La experiencia y los hechos os dicen suficientemente que el gobierno *no puede o no quiere* ocuparse de vuestra suerte cuando se trata de mejorarla. Sólo de vosotros depende salir, si lo deseáis firmemente, del dédalo de miserias, de dolores y abatimiento en el que languidecéis». También compara la revolución obrera con la burguesa y de ello desprende una lección: «En verdad, si los burgueses fueron “la cabeza”, tuvieron como “brazos” al pueblo, al cual supieron utilizar hábilmente. En cuanto a vosotros, proletarios, no hay nadie que os pueda ayudar. Así, pues, es necesario que seáis a la vez la “cabeza” y “los brazos”.»

Animada por el relativo éxito de su libro *La Unión Obrera*, emprende en 1844 un «tour» por Francia con fines propagandísticos.

El último viaje

Al iniciar este último trayecto, Flora alberga todavía cierta confianza en la ayuda que les pueden prestar determinados estamentos y personalidades, pero la decepción llega pronto. En una de sus notas escribe «¡Se acabó! Después de esta vuelta a Francia no podré ver

midad del derecho al trabajo de todos y todas. 5. Examinar la posibilidad de organizar el trabajo en el estado social actual. 6. Edificar en cada departamento palacios de la Unión Obrera, donde se instruirá a los hijos de la clase obrera, intelectual y profesionalmente, y donde se admitirán los obreros y las obreras heridos durante el trabajo y los viejos o enfermos. 7. Reconocer la urgente necesidad de dar a las mujeres del pueblo una educación moral, intelectual y profesional, para que se conviertan en los agentes moralizadores de los hombres del pueblo. 8. Reconocer, en principio, la igualdad de derechos del hombre y la mujer como único medio para constituir la unidad humana».

ningún burgués. ¡Qué raza im-pía, imbécil, nauseabunda!».

Estos burgueses se dividen en varias categorías, de principio los «grandes hombres» de la época que permanecen «al margen» de la situación de explotación de la clase obrera, así: Lacordaire cuyo *noble* fin es el de restaurar el convento de los Benedictinos; Lamartine y su bienestar público (Flora ve: «La nulidad de su acción, su falta de inteligencia y de energía»); Schoelcher, George Sand y su romanticismo que no ve al proletariado más que como materia literaria. Un paso más allá se encuentran los «radicales» del liberalismo, periodistas, charlatanes de café, que dedican su tiempo a jugar a las cartas o al billar y presumen de revolucionarios, pero que para Flora «no lo son para los que entienden la verdadera revolución». En otro círculo encuentra a los francmasones que se niegan a recibirla en Marsella por temor que la policía les «cierre la logia».

Más allá se hayan los agentes de la burguesía y que quieren tener un pie entre los trabajadores para guiarlos, son los *poetas obreros* en primer término que se creen literatos y menosprecian a la plebe ignorante (ninguno de ellos fue recordado), después vienen los discípulos indignos de los grandes utopistas (sansimonianos, cabetianos, fourieristas), que forman parte de una aristocracia obrera condenada por el desarrollo de la gran industria y que están embuidos en las tradiciones jerárquicas y en las discusiones sobre el futuro. Unos y otros rechazan tomar postura en torno al problema de la organización obrera. Sólo los componentes de la Liga de los Justos apreciarán seriamente la labor de Flora Tristán.

En su *Diario* Flora va describiendo un mapa sobre la condición obrera de la Francia de entonces. En este mapa aparecen detallados los aspectos humanos del proceso de formación de la industria moderna y

sus ciudades protagonistas. Flora las clasifica así: París, «la ciudad de los alientos generosos» donde los obreros son orgullosos de su blusa; Lyon, la ciudad de «los obreros inteligentes», con sus sombreros y sus bigotes que sorprenderán a Flora por su seriedad organizativa. Un *canut* (obrero de la seda) se excusará de no haber asistido a una reunión porque no tenía camisa que ponerse y su mujer que le acompañaba maldecía «los fabricantes, al rey, a los ricos e imploraba la muerte, preferible a tantos males. El marido no decía nada, parecía acobardado (...) Una, sola camisa. Dieciocho horas de trabajo por día. Señora, las cosas no pueden continuar así. Preferimos morir en el combate que morir de hambre». Continúa a través de Marsella, Toulon. La primera la compara con Babilonia por sus costumbres «orientales depravadas», pero la Unión llega a constituirse y los obreros se «refan de la policía». La segunda le deprime porque los obreros «se encuentran bajo el yugo militar», pero la conciencia de los obreros de arsenal «le llenan el corazón de alegría». Prosigue por Auxerre, Dijon, Roanne que son todavía ciudades semirurales. Flora contempla a los obreros embrutecidos por la miseria y la religión mientras tienen «que trabajar de doce a quince horas para poder comer. No hay más que amargura (en su corazón)», su inteligencia es pobre y son propensos a la irritación y al desaliento.

Su predilección por las mujeres trabajadoras es constante, por lo demás éstas muestran también gran interés por escucharla. En ocasiones Flora se maravilla por la inteligencia natural de alguna de sus interlocutoras, por su resistencia en el trabajo. Denuncia los bajos salarios con argumentos aún toscos pero que apuntan a la idea de la plusvalía y denuncia a la clase patronal con datos precisos. Los patronos que

conoce son una amplia combinación de cinismo, de inhumanidad, de tartufos clérico-humanitarios capaces de cualquier cosa. Uno le dice: «El hombre no es más que una bestia sobre el que la propiedad pueda hacer de todo». Pero éste no es mucho peor que el buen padre de familia, cumplidor con la Iglesia y las instituciones, y que deplora «este estado de cosas». Pero para Flora esto no puede durar. Para ella «la tierra forma el más grande y magnífico jardín para todos, la humanidad llegará a ser una grande y misma familia donde cada miembro vivirá según sus gustos y recibirá según sus deseos», aunque ajusta, esto quizá tarde todavía 300 años.

Inadvertida

Su campaña no pasa desapercibida a los poderes públicos. En un primer momento se trata *tan sólo* de artículos irónicos en la prensa luis-felipista. La tratan de utópica y hurgan en su pasado. Después vendrán las primeras medidas policiales que tratan de prohibirle hablar a los obreros. Ella trata de imponer la legalidad. Finalmente viene la policía a disolver los actos, entonces llama a la resistencia. En la pequeña ciudad de Agen llega a imponer el derecho de asociación.

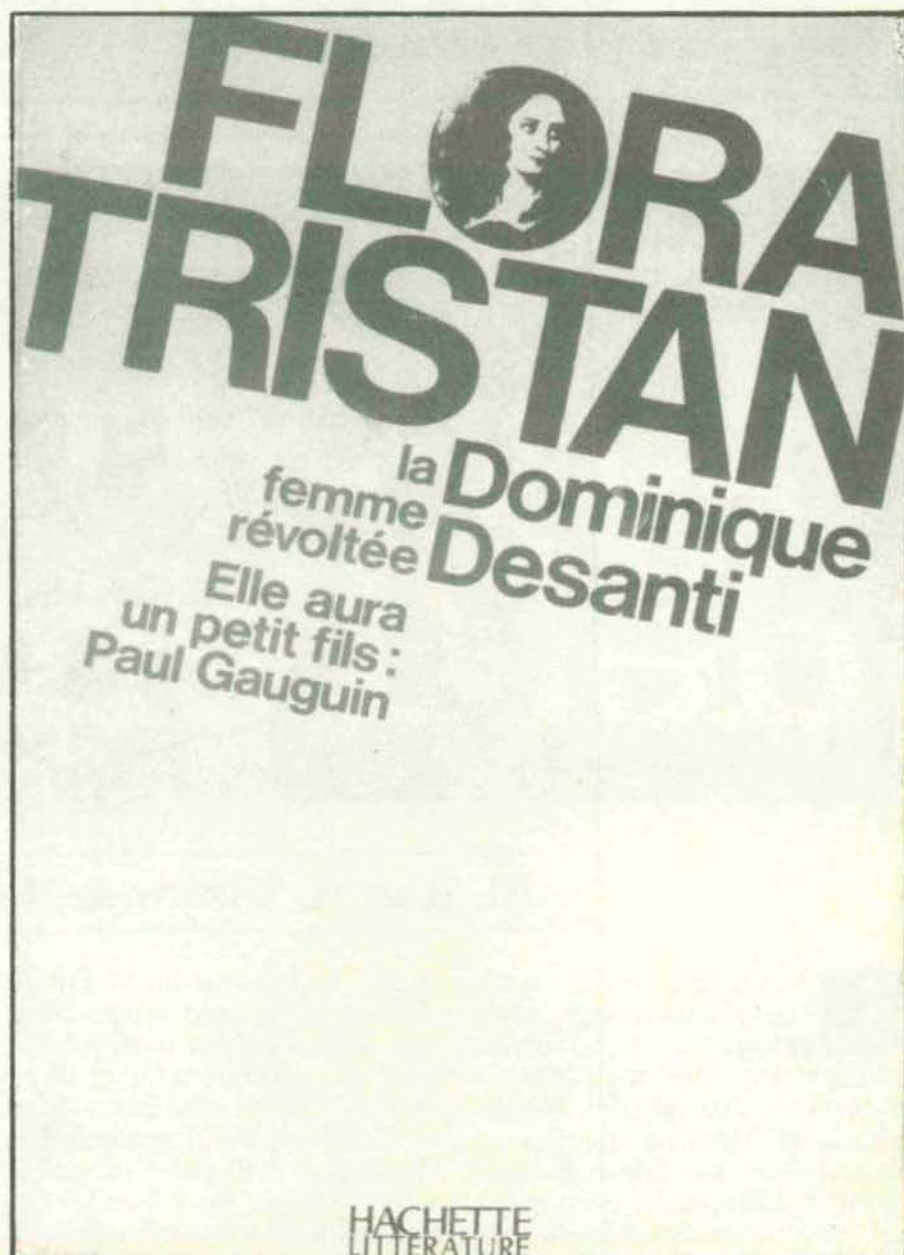
Durante este tiempo de agitación, Flora no piensa en sí misma ni en sus relaciones. Su única preocupación es la de constituir nudos organizativos en las ciudades que visita, nudos que serán en muchos casos la base de los sindicatos. No inculca ningún tipo de mesianismo, ya no cree ni en dioses, ni en reyes y tampoco en tribunos como dirá la Internacional. Cuando deja un primer núcleo Flora no les ofrece más alternativa que la unidad y la lucha. Tiene conciencia de que está quemando su vida, pero cree que es su deber, admira a las grandes heroínas que —como Teresa de Jesús— lucharon

consecuentemente por una causa. Conforman a su alrededor un minúsculo grupo de seguidoras, entre las que destaca Eleonora Blanc a la que transforma en su «hija en el espíritu», su «Santa Juana». Pero no le queda tiempo para crear ninguna escuela.

Malnutrida, descuidada con su salud, al borde de su capacidad física se va rompiendo. Desde hace tiempo que teme morir sin haber cumplido sus proyectos: «Demasiada vida, escribe, mata a la vida». Tras varios momentos angustiosos en Dijon («Estoy muy enferma de la vejiga, de la matriz...»),

Lyon, Montpellier, morirá en Burdeos el 4 de noviembre de 1844.

Pero a pesar de que su tiempo de militancia ha sido muy breve, Flora conseguirá en gran medida sus propósitos. Fue gracias a empresas como la suya que cuatro años más tarde la clase obrera irrumpirá en el escenario político con una fisonomía propia y con unos objetivos, la República igualitaria, democrática y universal que ella hubiera firmado con entusiasmo. Aunque de haber seguido viva habría ampliado estos objetivos a la liberación de la mujer. ■ J. G. A.



Portada de una biografía de Flora Tristán, editada por Hachette, en 1972.